

hasta los hidalgos habían abandonado las modestas viviendas de los lugares de sus señorios, para volver á la corte, y habitar palacios, y lucir galas, y arrastrar carrozas, y marchar escoltados de caballerizos y de pages, y brillar en las fiestas, y ostentar lujo de joyas en sus vestidos y de tapicerías en sus casas, y comer en bajilla de oro, y contar por centenares de docenas los platos y fuentes de plata, y asombrar con su fausto y su boato á los embajados extranjeros, y desmoralizar con el ejemplo de su inmoderado lujo las clases medias y humildes ⁽¹⁾. Que este empleo venían á tener muchas de las riquezas que de las Indias traían los galeones, cuando no eran apresados por los piratas berberiscos, ó por los corsarios ingleses ú holandeses. La escala de la riqueza de cada uno de estos señores se medía, ó por la proximidad del parentesco, ó por la estrechez de la amistad con el duque de Lerma, ó por el vireinato que hubiera tenido, ó por el empleo en hacienda que hubiera desempeñado.

Hacíase, es verdad, tal cual severo y duro escarmiento en alguno de los que con mas escándalo se habían enriquecido á costa de la miseria pública, como sucedió con el consejero de Hacienda conde de Villa-

(1) «Cualquier hidalgo quería que no saliera su muger sino en carruaje, y que este fuese tan brillante como el del primer señor de la corte....» «No se veía carpintero, sillero ni artesano alguno que no vistiese de terciopelo ó ra-

so como los nobles, y que no tuviera su espada, su puñal y su guitarra colgada en las paredes de su tienda.»—Navarrete, Conservacion de Monarquías.—Mariana, De Rege et Regis institutione.

franqueza, á quien se condenó á privacion de todos sus títulos, oficios y mercedes, á reclusion perpetua, y á la devolucion de un millon cuatrocientos mil ducados, con mas los cofres atestados de alhajas que se le hallaron escondidos debajo del sepulcro de un convento. Pero el bondadoso Felipe no reparaba que mientras tales y tan justas penas se imponían á tal cual de aquellos condecorados espoliadores, el de Lerma y otra pequeña falange de magnates le estaban dando cada día en rostro con una opulencia y una fastuosidad, que oscurecía el brillo y esplendor de la corona, y que no podían haber sido adquiridas á ley de Dios y de hombres probos. ¿Mas qué podían ellos temer de un soberano que había comenzado por consentirles tomar ayudas de costa y presentes de miles de ducados de las cortes de Cataluña, de Aragón y de Castilla? ¿Ni qué podían prometer ya unas cortes que así hacían agasajos de dinero á los ministros, secretarios y oficiales del rey? ¿Ni qué podía esperarse de los que los recibían, sino que se acostumbraban á hacer del valimiento especulación, y granjería del cargo?

No era, pues, que faltara aun riqueza en España. Era que se hallaba monopolizada y concentrada parte en manos muertas, parte, permítasenos la frase, en manos demasiado vivas. Había en la corte unos pocos Cresos, á cambio de muchos menesterosos en las villas y lugares. Exentos de tributos el clero y los hi-

dalgos, agobiados de gabelas los pecheros, sucedía que los pequeños propietarios, agricultores ó mercaderes, sacrificaban su corta fortuna á la adquisicion de una hidalguía, ya que de venta estaban, por el placer de pasearse en córte y por la vanidad de llamarse caballeros, siquiera fuesen de aquellos hidalguetes de Calderon, que con sus enfáticas palabras y su jubon roto hacian reir al alcalde de Zalamea, ó de aquellos caballeros cuya ropilla y gregüescos daban al festivo Quevedo asunto para sus punzantes sátiras. Los que no tenian para comprar una ejecutoria de nobleza, ó se refugiaban en los claustros, ó «á la guerra los llevaba su necesidad,» como cantaba el voluntario-forzoso de Cervantes, ó se alistaban entre los aventureros que en numerosas cuadrillas emigraban cada año de España, acosados de hambre y picados de codicia á buscar fortuna en el Nuevo Mundo. Todo menos sujetarse á labrar la tierra, que apenas producía para pagar los impuestos, ó á ejercer un oficio mecánico, que era ocupacion oprobiosa y degradante para el orgullo español ⁽¹⁾, y cuyo ejercicio se dejaba á los

(1) Creíase deshonrada la familia noble, en que hubiera un individuo que enlazara su mano con la de la hija de un *vil artesano*, que entonces se decía; y cuéntase entre multitud de ejemplos el de un pequeño mayorazgo de Galicia, que por haber casado con la hija de un rico curtidor, tuvo que sostener un largo pleito contra el hermano menor que reclamaba la herencia, por haber, decía, deshonrado su hermano la familia con aquel enlace; y tantos disgustos le ocasionó el pleito, que después de haber pasado por varios tribunales, y antes que se sentenciara, causó la muerte del hidalgo, abatido por el desprecio y los desaires que recibía de la familia.—Memorias de la Sociedad Económica de Madrid.

moriscos y á los extranjeros ⁽¹⁾. De aqui la despoblacion de los lugares, y la decadencia de la agricultura, de la industria y del comercio, y la falta del comercio y de la agricultura ocasionaba cada dia mayor despoblacion. ¿Qué importaba á los magnates de la córte la carestía de la mano de obra, que era otra de las consecuencias naturales de esta decadencia industrial? Ellos podian tomar á cualquier precio las telas, tapices y linos, las capas, gorras y calzado, de que les surtian las fábricas de Holanda, de Florencia, de Milan, de Inglaterra y de Alemania; lo que tuviera de exorbitante el coste lo disminuía el contrabando, que era otra de las precisas derivaciones del atraso fabril de nuestra nacion.

Pero lo que influyó mas directa y mas rápidamente en la despoblacion del reino y en la ruina de la industria fué la famosa medida que caracteriza mas el reinado de Felipe III., á saber, la expulsion de los moriscos. En otra parte hemos considerado ya esta providencia bajo sus tres aspectos, religioso, político y económico ⁽²⁾. Juzgada queda ya tambien la manera como se ejecutó esta medida. Cúmplenos aqui sola-

(1) Ya á fines del siglo XVI., á consecuencia de estas causas, poblaban las ciudades y villas de España muchos miles de artesanos extranjeros, alemanes, italianos, walones, lorenenses, bearneses y gascones; tahoneros, carpinteros, zapateros, carboneros, etc. y hasta fabricantes de ladrillos y de cal, que esplotaban en su provecho todo género de manufacturas, y se daban prisa á hacer su pequeño capital para volverse cuanto antes á su pais.—Marina, Ensayo sobre la antigua legislacion de Leon y Castilla.

(2) Parte III., lib. III., cap. 4 de nuestra Historia.

mente observar que con la expulsión y desaparición de aquella raza laboriosa, sóbria, productora y contribuyente, de aquella gente toda agrícola, artista, industrial y mercantil, de aquella población en que no había ni frailes, ni soldados, ni magnates, ni hidalgos, ni oficinistas, ni aventureros, ni célibes de por vida; de aquella población apegada á la tierra y al taller, que producía mucho y consumía poco, que cultivaba con esmero y se alimentaba con sobriedad, que fabricaba con primor y vestía con sencillez, que pagaba muchas rentas y moraba en viviendas humildes, que construía con sus manos cauces y canales de riego para fertilizar heredades que no eran suyas, que trabajaba los famosos paños de Murcia, las delicadas sedas de Granada y de Almería, y los finos curtidos de Córdoba, y no los usaba; con la expulsión, decimos, de aquella raza, al movimiento y bullicio de las fábricas comenzó á sustituir la quietud, la soledad y el silencio de los talleres; las bellas campiñas á convertirse en deslucidos páramos, y en secos y desnudos eriales; las poblaciones en desiertos, en cuevas las casas, los trajineros en salteadores.

Con la expulsión se completó el principio de la unidad religiosa en España, que fué un bien inmenso, pero se consumó la ruina de la agricultura, que fué un inmenso mal: se limpió el suelo español de cristianos sospechosos, pero se despoblaron provincias enteras: quedaron algunos moriscos para que enseñá-

ran el cultivo de los campos, pero la Inquisición se encargó de acabar con ellos: el erario público dejó de percibir los impuestos más saneados, pero se rellenaron las arcas del de Lerma y sus amigos. Felipe III., indolente para todo, solo fué activo para echar gente de España. Pesaron más en su ánimo las instancias de dos arzobispos, que las representaciones y ruegos de los señores y de los diputados de Valencia, de Murcia, de Aragón y de Castilla. Ofreció al servicio de Dios el estermio de toda una generación, y sacrificó á la idea religiosa la prosperidad de su reino. El pensamiento de acabar con la raza morisca no era una novedad; habíale tenido los Reyes Católicos, Carlos V. y Felipe II.: ninguno había tenido valor para realizarle; le realizó el que no había heredado el valor de sus progenitores.

Primer soberano de la casa de Austria que mostró más tendencias á la paz que á la guerra, hizo no obstante algunas tentativas de conquista que le salieron mal, y acometió algunas empresas semejantes á las de los últimos tiempos de Felipe II., que nos fueron poco menos desastrosas que aquellas. Tal fué la indiscreta expedición á Irlanda. Al fin hizo la paz con Inglaterra, de que toda España se alegró ya, á excepción del fanático don Juan de Rivera, arzobispo de Valencia, el gran instigador de la expulsión de los moriscos, que no podía tolerar que un rey católico estuviera en paz con un reino protestante, porque

pronosticaba de ella que todos los españoles se iban á hacer hereges.

La tregua de doce años con las provincias rebeldes de los Países Bajos puso, es verdad, de manifiesto á los ojos de Europa la decadencia de España; y el pactar con las Provincias Unidas como con Estados libres, y como de potencia á potencia, despues de cuarenta años de tenaz, incesante y sangrienta lucha, pudo parecer humillante para un monarca que aun se llamaba señor de dos mundos: pero no le harémos nosotros un cargo por ello. La tregua era una necesidad, y fué una conveniencia. No estuvo lo bochornoso en el suceso, sino en los antecedentes que le habian hecho necesario; y al fin el acomodamiento fué útil, porque detuvo el torrente de la sangre, dió un respiro á España, y aplazó su ruina por algunos años. Con la paz de Inglaterra, la tregua de Holanda, y el doble matrimonio de los príncipes españoles y franceses, hubiera podido reponerse la monarquía, sin la expulsion de los moriscos, sin la guerra con el saboyano, sin la imprudencia de mezclarse en las contiendas de Alemania, sin el loco empeño de auxiliar y engrandecer la casa de Austria, tomando una parte principal en la guerra de *Treinta años*, ganando nuestros soldados coronas para el emperador, y gastando el rey en proteger empresas é intereses estraños, la vida, la hacienda y los hombres que necesitábamos para nuestra propia patria. Merced á algunos insignes

capitanes y á algunos hábiles diplomáticos, restos honrosos de los reinados anteriores, y viviendo España de su pasada grandeza, aun se respetaba en Europa el nombre español: conservábase fuera alguna gloria: dentro estaba la levadura del mal.

Los últimos años del reinado de Felipe III. no fueron otra cosa que una continuada série de miserables intrigas y vergonzosas rivalidades palaciegas, entre grandes sin grandeza de alma y magnates sin magnanimidad de espíritu, que se disputaban el favor del monarca reinante y del príncipe sucesor. La lucha de favoritismo entre los duques de Lerma y de Uceda, padre é hijo, es uno de esos episodios bochornosos que pasan á veces en los régios alcázares, y que degradan la magestad que los tolera, deshonoran á los que los ejecutan, y ruborizan hasta al que los lee.

Instrumento toda su vida de un válido á quien fió el gobierno y hasta la firma para no hacer nada, reverso de su padre Felipe II. que quiso hacerlo todo por no fiarse de nadie, Felipe III. acabó de reinar sin haber sido rey, y solo al tiempo de morir abrió los ojos, y exclamó con dolorido y pesaroso acento: «*Oh! si al cielo pluguiera prolongar mi vida, cuán diferente fuera mi conducta de la que hasta ahora he tenido!*» Al cielo no le plugo prolongar su vida.